

Las almas del DESIERTO

Fernando Llorente



La ciencia antigua, que se ayudaba de la filosofía y el mito, o al revés, hasta el punto de confundirse mutuamente, tenía el universo por un organismo vivo. El filósofo griego Platón se hacía entender explicándose con mitos y alegorías, recursos didácticos a los que estaban acostumbrados los destinatarios de sus enseñanzas, tan próximos a la influencia del mito. No es, pues, de extrañar, que en el único diálogo que dedicó a la naturaleza física, *Timeo*, asignara un alma al mundo. Que la ciencia moderna rompiera el encanto y el encantamiento, descubriendo el universo como un mecanismo mal engrasado, supuso un distanciamiento —en falso— del mito, encadenándolo al mudable rigor de las fórmulas, por debajo de cuyas ecuaciones a veces asoma la patita, con las calzas de unas pa-

labras, más sensacionalistas que enigmáticas, carentes de toda belleza lírica y de toda grandeza épica: agujeros negros, agujeros gusano, big-bang, en especial cuando surge la inevitable pregunta sobre los orígenes, el del todo y el de sus partes y manifestaciones. Palabras que no seducen, que inquietan so pretexto de tranquilizar. Como las palabras del mito, pero sin su magia, sin su mística.

El alma del mundo. El desencanto del mundo. La historia de los nómadas es la historia de pueblos encantados, que han depositado el poder de encantamiento en las estrellas, las almas del desierto. Cada noche les salen al encuentro con su aura misteriosa, mítica. Las esperan como los niños que confían en su madre, no por costumbre, sino por necesidad. Ellas no les defraudan para no arriesgar por incomparecencia el

lugar que ocupan en sus vidas. Platón, mirando más allá de las estrellas, no tenía ojos para verlas. En el desierto, a los nómadas se les ofrecen diáfanas, procurándoles los beneficios para su existencia que la ciencia pretende, pero sin fórmulas, o la filosofía, pero sin sistemas. Como el mito, con creencias y supersticiones. Tras sus ausencias en otras oscuridades, oculta de sí misma, con una frecuencia regular se les manifiesta la luna, acompañada por un cortejo de almas, que no la siguen a su periódico retiro, se despistan y van ocupando los distintos lugares, que tienen asignados en el firmamento, según el periodo estacional, poniendo a prueba la fidelidad del nómada, que no las pierden de vista, pues saben sus nombres. La luna delega en su cohorte dos encargos principales: es uno velar el descanso nocturno de sus cuerpos, cuando ella no está, disipando en sus almas los espejismos, con los que los deslumbramientos del día han transido las almas de los —hombres del sol—; el otro es orientar y marcar la ruta de sus pasos, si en la noche transitan el desierto en busca de las nubes. O de un camello extraviado

Las estrellas son las almas del desierto. Cuando el hombre pisó la luna, a los amantes se les privó de las promesas más poéticas, ya no era cosa de ofrecer algo cuyos enigmas y magia habían sucumbido bajo el peso de una pisada calzada con la bota de la razón tecnocientífica. También los poetas debieron de sentirse afectados: ¿cómo entonar un canto a algo cuya música cósmica había sido usurpada por pentagramas espurios? Estos melindres no perturban la relación que el nómada, en su ser beduino, mantiene con las estrellas, almas del desierto compadecidas con sus almas y con sus cuerpos. No se ha dado aún con la teoría científica ni se ha articulado todavía el sistema de ideas que ensordezcan en sus espíritus las notas de la melodía estelar.

Los beduinos conocen bien las estrellas y tienen el oído hecho a sus sonidos, que desde el origen han puesto musicalidad a los proverbios, narraciones, fábulas, canciones, advinanzas y poemas, que en enseñanza de los mayores han instruido a sus descendientes para que no lo olviden y perseveren en el modo de su ser propio, que es a la vez causa y consecuencia de las condiciones de la parte del mundo que les ha tocado en suerte. Cada una de las palabras que articulan sus voces la susurra una estrella en el corazón de los ancianos, y la pronuncian rítmica en la intimidad de la *jaima* para expandir en los pechos de los más jóvenes las voces de ese ejército de ángeles con luz, protectores del desamparo y baluarte de una resistencia heroica ante las inclemencias de ese cómplice y adversario, a la vez, que es el

desierto. No importa las distancias que medien entre las familias beduinas, que separen a padres de hijos, a abuelos de nietos: bajo el mismo cielo, las estrellas que lo tejen a punto de luz son las mismas, y una sola es la belleza de la lírica, la grandeza de la épica, la sabiduría de los proverbios, el ingenio de los refranes, la riqueza de las imágenes. Tanta enseñanza acumulada, transmitida oralmente, perdurable mientras las estrellas no desfallezcan y animen a unos labios cansados a que alienten insuflando espíritu, reunidas las generaciones al abrigo de una hoguera, bajo las estrellas, de las que los narradores y los poetas extraen, palabra a palabra, las raíces de unas culturas que son las suyas: sus sueños son la condición de posibilidad del ser de las estrellas en el cielo del desierto; el brillar de las estrellas en el cielo del desierto es la condición de posibilidad de los sueños del nómada. Los sueños del beduino son fuegos que calientan sus noches; las estrellas, en apariencia frías, son soplos firmes que los atizan.

¿Y si todos los desajustes que descoyuntan el mundo tuvieran su causa en que el sol y la luna gustan de jugar incansablemente al gato y al ratón, sin encontrarse casi nunca, y sin apenas mirarse las escasas veces que se encuentran?, ¿por qué, si se cruzan, unas veces se tapan mutuamente o se miran de reojo, otras veces?, ¿no podría la luna visitar el día con su séquito de estrellas y ser bien recibida por el sol, sin ser oscurecidas por su prepotencia, como las almas del desierto amparan en la noche los despojados espejismos de los perseguidores de nubes?

Ese sería el relato más hermoso que los abuelos contarían a sus nietos, mirando a las estrellas, que, mirándoles, bordan la *jaima* a punto de luz con la delicada fortaleza de la mirada fértil de la mujer del desierto, —mujer de luna—. Son, los ancianos, *homeros* que narran la cultura, la esencia de sus pueblos, lo que sus pueblos son, y lo que deben saber hacer para no dejar de serlo, en libertad, por más cadenas que les pongan. Pero no son *homeros* ciegos, su palabra brilla con la luz que las estrellas posan en su voz. Sin deslumbramientos, mientras las almas del desierto derraman los ecos de las palabras que cantan, quedas, la realización del sueño. Los sueños del nómada son los sueños del Universo, custodiados por las estrellas en el sagrario de la luna, de su luna. Para los hombres del sol las estrellas son faros, que alumbran las huellas de sus pasos y velan las puertas de sus *jaimas*. Y a ellas se acogen cuando el sol da una tregua.

Y yo fabulo en la noche, tumbado en el suelo entre dos mantas. Mirando a lo alto. ■ ■